

# Lairë Makalaurion,

## El cuento del cantor sin cuento

- ¿Puedo ofrecerle una taza de té?
- Preferiría un buen caldo de Dorwinion... oh, claro, me temo que eso es ya imposible.
- Por desgracia sí, pero quizá sea de su agrado un buen jerez...
- Servirá, gracias.

- No sabe cuánto se lo agradezco. Como bien sabe, tras la Guerra de la Cólera y el fin de la Primera Edad, anduve por las costas de Belegaer, hacia el Sur, preñado de llanto y de dolor, de soledad desierta. Amargura de seiscientos años de lucha estéril. De todo un pueblo derrotado por su sólo orgullo. Muerte sin honor. Gestas nobles sin cantor...

Vagué por las zonas de Minhiriath y Enedhwaith. No sé durante cuánto tiempo, quizá más de tres yeni, me mantuve en un intenso letargo reflexivo en el que maceré mi experiencia y lloré lo sucedido en la Primera Edad. Llegué a desesperarme de tener como única compañía mis lágrimas y mis remordimientos.

Empecé a conocer distintos pueblos humanos, primitivos y bárbaros: dunlendinos. Eran supersticiosos y bastante ignorantes, y estaban tocados por la sombra de la Segunda Edad, pues eran años oscuros, cerrados. Luego inicié una buena relación con un pueblo drúadan. Una gente fea y tosca por fuera, pero a su modo, noble y sabia por dentro.

Mal trato se les dio en Beleriand y desconfían de nosotros, no obstante son fieles en la amistad. Estuve con ellos por un tiempo, aprendiendo mucho de sus conocimientos sobre el entorno natural y enseñándoles algunas tradiciones de los Quendi. Finalmente encontré en Belfalas una comunidad élfica asentada en la desembocadura del Ringló, donde habían creado un puerto. Edhellond lo llamarían. No puede ocultar que era Noldo, pero sí mi identidad concreta. Me llamaban Naerindo (Corazón Triste); acaso adivinaron algo de mi pasado, y me permitieron vivir entre ellos sin muchas preguntas. Allí tuve la tranquilidad necesaria como para poner en orden mis pensamientos e iniciar una crónica de los acontecimientos que había presenciado en el pasado y llorado en mi deambular errante por las costas del Gran Mar. Edhellond era en el Sur lo que Mithlond en el Norte, un puerto élfico que armaba barcos consagrados a tomar el Camino Recto, llevando a los Quendo cansados de Endor a Valinor. Varias veces pensé en tomar alguno de esos cisnes de finos remos y nacarados mástiles, pero la sombra de una duda pesó sobre mi conciencia, y rechacé, entre el orgullo y el miedo, tal opción. Además me sentía con poder todavía e iba a intentar enmendar en lo posible mis errores del pasado. Sí...

- Bueno, si no he entendido mal, podríamos fechar su estancia en Edhellond, Señor, hacia mediados de la séptima centuria de la Segunda Edad ¿no es así?

- Sí, supongo que sí, ya sabe que los Eldar, cuando estamos en periodos de meditación, no percibimos el transcurso del tiempo con gran exactitud.

Conocí a Aldarion bo Meneldur en setecientos ochehta aproximadamente y navegué con él desde Vinyalondë en Eäambar, el hogar-barco de los intrépido seguidores del príncipe

númenóreano, pues formé parte del Gremio de Aventureros y yo era su bardo y les animaba el corazón y su amor al gran mar. Visité largamente Elessa, la tierra hacia las estrellas, en los buenos tiempos en que los de mi raza éramos bien recibidos, y asistí a la proclamación como heredero de Aldarion, en el ochocientos.

Oí hablar allí, en Númenorë, de la fundación de Ost-in-Edhil, una colonia de los míos comandada por el hábil Celebrimbor, con quien, a pesar de que había renegado de las acciones de su padre y su estirpe, mantuve buenas relaciones en la Primera Edad. Así que decidí ir a verle para contarle cómo me había ido en ese milenio desde el cual no nos veíamos y las noticias que tenía del mundo, porque ignoraba poco de los que en Endor pasaba y ya intuía que Sauron recobraba poder, pues las aves eran mis amigas y conversaba con los animales en lenguas ahora perdidas. Y sabí del reino de Ereinion, Gil Galad, y de Galadriel, pero ¿cómo iba a presentarme ante ellos sin ser despreciado o expulsado cual ave de mal agüero? Todavía pesaban los efectos del Juramento y no esperaba comprensión de nadie, ni de la hija de Finarfin; quizá no la había. Me presenté en la capital de Eregion y acudí a su casa. Gran sorpresa se llevó y me alojó un tiempo con honores de familiar perdido, y charlamos y nos lamentamos del final de los Silmarili. Se podía ver en él la huella de Curufinwë, y, como en todos los de Fëanor ardía en él una llama de ambición. Le advertí del despertar de Sauron, y le previne de lo fácil que podría ser para él prevertir los ánimos de una comunidad de herreros noldoli, pues desde el preincipio se le contó entre los maiar de Aulë. Pero Celebrimbor estaba en plenitud de poder y de creatividad, y se sentía orgulloso del Gwaith i mirdain, y no atendió a mis consejos. Me habló de las joyas de Moria y del mithril, y de las buenas relaciones entre los dos pueblos. De Lindon y su desarrollo en el Norte, y comentamos el poder de los hombres de Númenor y sus barcos.

Rogándole silencio sobre mi estancia, me despedí de él. Más tarde supe de su final y lamenté que compartiera el trágico destino de los mejores artesanos de los Noldor. Nadie podía con ellos salvo su propia ambición de poder... y Sauron lo sabía.

...

30 de Septiembre de 1954. Una alta figura avanza hacia el suburbio de Headington en Oxford, una ciudad con, podría decirse, cierto sabor antiguo; aunque ¿cómo podría Él decir que algo que es antiguo, siendo varias veces más viejo que la propia ciudad?. Sanfield Road es la típica calle de casas de ladrillo de dos pisos con sus pequeños jardines al frente. Acelera el paso, pues llega con retraso a su cita, a pesar de la tradicionalmente estricta puntualidad de los suyos.

El número 76 está pintado de blanco, con un seto y varios árboles. El visitante abre el portal en arco y atraviesa el breve sendero flanqueado de rosales, hace sonar la campanilla de la puerta del frente y espera. En seguida suenan unos alborotados pasos en carrera: la puerta se abre.

- Buenas tardes.

...

- ...Y el ansia de conocimientos, de aventuras, de viajes a lo desconocido, me embargaba. Y me fuí a buscar familiares pasados, linajes perdidos. Llegué a las Orocarni, las montañas del Este, y estuve en Cuiviënen, el lugar del despertar, donde residían muchos Quendi de los llamados Avari. Eran comunidades más sencillas y menos ambiciosas que las nuestras, pero eran artistas del pensamiento y sabios en lo interior, pues se dedicaban más al conocimiento

de sí mismos que de lo material, y no les llamaba el poder, ni el oro, sino el equilibrio de las cosas. Y aprendí mucho de ellos y supe descargar parte de lo oscuro que anegaba mi conciencia ya que me integré en su forma de pensar. Hasta el final de la edad duró mi estancia entre aquellos hermanos de Cuiviënen. Y cuando el poder de Sauron se extendió por el Este ayudé a los Elfos de Palisor en el frente, y luché contra Khamûl, el segundo de los Nazgûl, derrotándole en el prelude de la Última Alianza. En esa batalla me mostré en poder, por última vez hasta la Dagor Dagorath en el final de los tiempos, y quizá mi nombre fue barruntado por Sauron, pues llevaba mi espada dorada.

- ...Makalaurë de la que proviene su epesse. Me preguntaba si todavía la guardaba...

- Por supuesto que sí, no me separaría nunca de ella.

Y cogiendo su ornamentado bastón, cuya cabeza recordaba un arpa dorada, lo blandió y apareció una brillante espada larga de dos filos dorada. La empuñadura tachonada con una gran piedra violácea en la base y el filo marcado con un arpa élfica. La hoja resplandeciente y afilada destellaba con brillos de fuerza y poder.

¡Crash! La copa cayó de las temblorosas manos destrozándose en el suelo. Mil pedazos de cristal fulgían mezclados con el jerez, brillando con cálida intensidad a la cegadora luz de la espada.

- ¡Santo cielo! ¡Qué hermosa es! y ¡Qué fuerza irradia! Jamás pensé que llegaría a ver algo parecido. Se nota en su hechura la deslumbrante mano del más hábil y poderoso de los Eldar; ¡ay! lo que se ha perdido...

- Bien lo sabe, pero así debía ser y para eso fuimos creados los Eldar. ¿No es acaso un doloroso destino? Nacer para crear y marcharnos para que desaparezcan nuestras obras, y nuestro recuerdo sea borrado... pero para eso también he venido. Todo a su tiempo.

...

- La Isla de Himling era lo único que quedó de Himring tras el cataclismo de la Primera Edad. Allí me instalé en algunas épocas para reposar y reflexionar a solas, en los momentos en que la inestabilidad política o la melancolía invitaban a un refugio apartado. Mirando al Oeste permanecía en pie una torre levantada por mi desdichado Maedhros, donde guardé mis pocas posesiones y mis recuerdos nostálgicos de la Primera Edad: y podía pasarme meses mirando hacia Oesternessë intentando escrutar el horizonte, distinguir el Camino Recto y si estaría abierto para mí, ¡ay Belegaer! ¿Cuándo podré cruzar tu ancho seno?

...

- Por cierto, ya que estamos puestos, ¿desearía un poco de hierba para pipa?

- Oh, desde luego, gracias. ¡Ummh!, esta hierba es totalmente desconocida para mí, ¿de dónde procede?

- Pues ni más ni menos que, aunque le parezca increíble, de la Cuaderna del Sur. Es una bolsa de Hoja Toby que todavía conservaba para ocasiones especiales. La traje para usted porque yo ya no la voy a necesitar allá donde voy.

...

- ...Decidí, por lo tanto, visitar largamente a Elrond Medio Elfo, conversar sobre los viejos y los nuevos tiempos y dejarle mi crónica sobre la Guerra de las Joyas, pues supe que atesoraba los restos de nuestro saber y nuestras Casas. Era el cuatrocientos de la Tercera Edad, aproximadamente. Llegué de noche en secreto y me presenté transfigurado como Romendil, un Elfo del lejano Este. Pero no pude ocultarle mi verdadera personalidad y me reconoció, pues yo estuve un tiempo con los hijos de Eärendil, y él se acordaba de mis historias y mis canciones, de cuando era joven. Me recibió como a un padre, aunque entre ellos vivían los más nobles de los noldoli que restaban: Erestor, Inglorion y qué grata sorpresa, Glorfindel de Laurenloth, que había vuelto tras caer con el Balrog en Crissaegrim. Mucho hablé con este lejano pariente pues su sabiduría era grande y me aconsejó sobre mis problemas. Allí, con la ayuda de todos los eruditos de Rivendel y la surtida biblioteca de Elrond, completé mi crónica, quedaron allí como mudo testimonio de mi paso por Tumbalëciryo. "Guárdala bien -le dije a Elrond- porque quedará como único testigo de una época que no volverá nunca, y porque deberá ser transmitida a los Atani como recuerdo de un pasado más luminoso, una edad mítica en la que enraizarán sus fantasías, sus sueños, sus ilusiones...

...

- ¡Abuela!, ¡abuelaaaa!

- ¿Quién es, Michael?

- ¡Un Elfo!, como en los cuentos del abuelo...

- Anda, sube a tu cuarto y deja de decir tonterías. Perdónele, es un crío, espero que no le haya molestado...

- En absoluto, todo lo contrario.

- Y ... bien, ¿qué deseaba?

- Querría ver al Profesor Tolkien, ¿es usted su esposa?

...

- ...Viajé por las tierras del Sur y contacté con sus etnias, sus culturas. Y en las Montañas Grises conocí a los pueblos de Druin *el orgulloso* y Barin *el mercado*, sexto y séptimo padres de los Naugrim respectivamente. Habían formado juntos un reino próspero donde abundaba el oro y las piedras preciosas, siendo sus moradas de la mejor piedra y trabajadas con un estilo que sólo podría encontrarse en Moria. La mampostería era preciosa y delicada, y miles de manos habían perfeccionado las cavernas de Tumunamahäl, espléndidas y ricas, para que, sin perder su configuración natural, destellaran en luz y en simetría. Una gran obra consagrada a Aulë, su creador...

- ...Viajar y conocer, y errar por Endorë cantando..., pero nunca sentarme ni participar en los hechos e historias, porque mis ideas terminaron en la Primera Edad y mi alma no tendría descanso en este lado del mar... y quizá tampoco en el otro. La sombra del Juramento todavía me atormentaba y quise expiar mis crímenes ayudando a todos los pueblos en lo posible, pero tampoco podía hacer mucho más que aconsejar y alentar. A veces recordaba la posibilidad del Juicio de los Valar que nos ofreció Eonwë, y me preguntaba si había perdón para mis culpas.

Llegó así un momento en que no pude con la duda y, cansado por mi destino errante y atormentado acudí a pedir consejo a mi prima Galadriel, Altariello antaño.

- ...La tierra de Laurë Lindorenan, Lórien, era un reducto de belleza que desafiaba el dominio de Sauron y la degradación de la Tierra Media. Un balneario natural de conservación de la luminosidad de otrora que recordaba casi a los bosques de Beleriand. Un paréntesis élfico en lo que era una etapa de transición a la época de los Atani. Galadriel seguía atesorando aquella belleza luminosa y dorada que tanto gustó a mi padre. Pero el tiempo la había marcado, le había cambiado. Su carácter y su orgullo se habían atemperado. Tenía una visión más profunda, también exhibía una mayor paciencia y reflexión. Estaba volcada en evitar la degradación de Lórien y en la lucha contra Sauron y tenía poder como para conseguirlo, cuando menos en su feudo, ya que poseía algunos artefactos de gran poder, entre ellos la Elessar, y Ninya, el anillo del agua. No tuvimos nunca una relación amistosa, y menos aún, claro, con Celeborn de Doriath, pero las cosas habían evolucionado mucho y ahora nos estrechaban importantes lazos de unión. Unión familiar, unión de supervivencia de una raza que decaía, unión, en fin, de exiliados, los dos últimos afectados por la Prohibición de los Valar...

También Galadriel deseaba regresar a Tirion mas no podríamos pasar de Tol Eressëa, y no íbamos a rebajarnos tras tanto tiempo de exilio. Veíamos cómo nuestra etapa estaba terminada y cómo la Tierra Media iba marchitándose, y todas las cosas bellas cruzaban el mar o perecían. Y nosotros éramos dos cabos sueltos de la madeja mítica de la Primera Edad. ¿Llegaría alguna vez el salvoconducto de los Valar?, ¿se levantaría la Prohibición?

...

Entró en aquel garaje remodelado, con estantes atiborrados de diccionarios, tomos de etimología y filología, y ediciones de textos en muchas lenguas, sobre todo en inglés antiguo y medio y noruego antiguo. Sus más de dos metros contrastaban con la corta altura de su oyente, formando una extraña pareja. El pelo, negrísimo, recogido en una coleta, y un bastón dorado en su mano derecha con un arpa élfica en la parte superior. Levaba con él una bolsa de tela que parecía a punto de reventar pues esquinas y duros cantos amenazaban su integridad. Su voz era cálida y amistosa, con un ligero resabor triste, un deje lejano. Sus ojos miraban muy a fondo las cosas, y a veces se perdían en puntos muy distantes.

...

- ...Supe que al final de la Tercera Edad Galadriel fue admitida en Valinor y partió en el barco de los Portadores del Anillo. Ese barco significaba mucho para mí, sin embargo no tenía pasaje, no tenía permiso. Pero Altariello me dejó un mensaje que me dió Celeborn en Rivendel, porque él permaneció unos años más en Endorë. Yo estaba visitando a los hermanos Elrohir y Elladan (había pasado un siglo desde la partida de Galadriel y Celeborn) y vino Celeborn a saludarlos también y a traerme esa carta. "Porque, por encima de desavenencias pasadas entre los tuyos y los míos, eres el último de los Eldar y tienes una misión que cumplir como Guardián de nuestra Herencia". Y tras su estancia partió cuando Elrohir y Elladan dejaron la vida (117, Cuarta Edad), y fue a Mithlond con los últimos de Rivendel, entre ellos Erester y Glorfindel, ya que nada le ataba al mundo.

- Todavía guardo esa carta escrita en el más primitivo uso del Quenya y en elegantes letras tornasoladas:

A Makalaurë, Señor de los Noldorië:

Como ya es de tu conocimiento, la Prohibición me ha sido levantada. Así me lo hizo saber un mensajero de Valar enviado a tal efecto. Ahora sólo quedas tú y debes cumplir una misión antes de poder tomar el Camino Recto, porque tú eres el último de los Eldar y por tanto, único conocedor del legado de los Primeros Nacidos. Debes proteger y transmitir ese patrimonio cultural escrito, para que el olvido no alcance nunca a nuestro Pueblo. Debes custodiar el Libro Rojo de la Frontera Oeste y las Traducciones del élfico de Bilbo Bolsón, porque asegurando su permanencia, asegurarás el pasado y el futuro de nuestra gente, y quizá, si lo consigues, algún día volverá a hablarse de Valinor y de los Silmarilli, de los Quendi y de los Valar.

Buena suerte. Espero poder verte pronto en Tirion.

Anar káluva tielyanna (el sol iluminará tu sendero)

Namárië:

Altariello.

...

La despedida del último barco fue dos años después, era Lassë-Lantë del 119. Allí estaban Celeborn y Glorfindel y Erestor, y habían ido llegando en esos dos años el resto de los Eldar que quedaban desperdigados por el mundo, y los Sindar que habían notado la llamada última del mar y habían acudido a Mithlond, entre ellos el Señor de Eryn Las Galen, Thranduil, sin su hijo Legolas que partiría un año después, tras la muerte del Rey Elessar en un barco de propia factura. Rostros grises, cansados y tristes. Lágrimas silenciosas y dolor de pérdida definitiva. Un arpa raspó el silencio con notas que eran llanto y melancolía, y una brisa del Este fue llevando el Cisne por el Camino Oculto hasta desaparecer de mi temblorosa visión. Sí, definitivamente, "namárië" era una lanza muy afilada en mi corazón.

- Sin embargo la puerta no estaba del todo cerrada, me lo dijo Círdan en un último susurro consolador: "Yo te estaré esperando cuando tu misión termine, y haré un barco especial para tí, el Barco del Perdón, y será conservado por la misericordia de los Aratar, en reconocimiento a tu sacrificio por los Primeros Nacidos que borraré el daño que hiciste, así me fue asegurado por Eonwë y así será. Ahora cumple tu misión, como Carnëpalmantir, Guardián del Libro Rojo y el futuro será más venturoso para tí y para los Quendi".

...

- ¡Oh! Pase, pase, le estaba esperando. Casi pensé que había soñado con su llamada, fue tan extraña e inquietante.

- Siento el retraso, pero tuve un problema con el casero en la resolución del alquiler.

- No se preocupe, espero que todo fuera bien. Bueno, sé que no es el lugar más idóneo para recibirlo, pero aquí estaremos tranquilos. Éste es mi lugar de trabajo, un garaje reconvertido, como puede usted ver.

- No podría ser más adecuado... ¡Vaya, ese mapa de Endorë es bastante preciso!...

...

- ... El resto es breve. durante casi cinco mil años seguí la pista del Libro Rojo en sus distintas copias. En ese periodo asistí al declive de las comunidades Avari que restaban, y al empequeñecimiento y disgregación, luego, de mis hermanos. Llegaron a ser diminutos e invisibles para los que no creían en ellos, que cada día eran más.

- Pero yo puedo verle, Señor.

- Sí, porque usted, profesor, cree en los Quendi. Además, a mí no me afectó ese declive, salvo la cantidad de poder disponible. Yo era uno de los más poderosos de la Tierra Media, más que Galadriel o que Elrond. Y pertenecía al linaje de los Noldor, a la primera casa. Soy un Calaquendi, y he visto la luz de los Valar, aunque en muchas ocasiones he preferido pasar inadvertido entre la gente, humillando mi condición.

- ... La copia de Peregrin Tuk, El Libro del Thain de Minas Tirith, se perdió en el desgraciado incendio de la Biblioteca de Alejandría y yo nada pude hacer por salvarlo. El Libro Rojo de la Frontera Oeste fue quemado por inquisidores, por creerlo pagano y herético. La última copia, la más completa, hecha por el escriba Findegil en el 171 de la Cuarta Edad se mantuvo primero en Grandes Smials. Posteriormente pasó a un importante druida celta con quien mantuve amistosas relaciones, luego a una noble familia sajona, y, finalmente, con la cristianización de Inglaterra, a una orden monástica asentada en Oxford. Yo visitaba de vez en cuando el monasterio y me cercioraba de su conservación, pero lo perdí de vista hacia 1780 y ya no supe más de él. Desesperado y desengañado por la pérdida del Libro Rojo y de la única llave que me quedaba para poder cruzar el mar, visité todas las bibliotecas europeas sin éxito. ¡Llegué a pensar en rendirme y dejar esta vida!, pero el recuerdo de mi abuela, que abandonó la vida en Valinor me daba fuerzas para continuar. "¡Nunca te rindas, eres un Noldo!" me decía siempre mi padre, y tenía razón, porque hace dos semanas, encontré en una librería de Londres El Hobbit y El Señor de los Anillos, ¡era el Libro Rojo de Grandes Smials! Poco me costó averiguar dónde vivía su autor, y el resto de la historia ya lo conoce, y aquí estoy.

- Apasionante, una buena historia, ¡ciertamente merecía ser contada! En fin, ya que estamos con su historia y el Libro Rojo, supongo que le gustará saber cómo encontré la copia, ¿verdad?

- Así es.

- Pues bien, en 1925 fui nombrado profesor de Anglosajón en Oxford. Así tenía acceso a las bibliotecas más ricas y antiguas de Inglaterra. Había salas en las que se atesoraban reliquias antiquísimas y yo podía trabajar en todas ellas... Y una vez, en 1929, estudiando unos manuscritos anglosajones del siglo décimo, encontré entre varios libros y misales cedidos por un monasterio en 1779, varios volúmenes con el título de Libro Rojo de Grandes Smials. El hallazgo me maravilló y tomé prestados esos tomos y los saqué a la luz publicando El Hobbit en 1937 y El Señor de los Anillos en 1954 y 1955.

- Se lo agradezco. Mi misión está ahora casi cumplida. Sólo resta que usted publique el Noldolantë, la Caída de los Noldor y la historia de los Silmarilli. Para ello le he traído la versión detallada de mi gran obra, que como verá es más completa y detallada, así como reflexiva, difiriendo bastante de la más ingenua versión de Bilbo. En fin, gracias a usted, profesor mi tarea está cumplida, y el legado de los Eldar está publicado. Así quizá un día salgamos del ostracismo al que hoy estamos condenados. Quizá algún día se nos recuerde como parte importante de este mundo, se recuperen nuestras obras e historias y podamos vivir en paz. Sí, quizá el día de la Partida no está lejos...

- ... Mañana partiré a buscar a Círdan al Land's End, en Cornwall, y entraré en Valinor a buscar el perdón de los Valar. Se lo debo todo a usted, y no tengo cómo pagarle.

- Lo sé, bastante ha hecho y soy yo el que le está agradecido. Desde ahora su causa es la mía, no se preocupe, algún día se hablará de usted y de los suyos. Aurë entuluva! (¡ya se hará de nuevo el día!). Le deseo mucha suerte en su viaje...quién sabe, quizá volvamos a vernos, eso espero.

- Yo también, pero ahora ha llegado el momento de decir ¡Namárië!

...

- En fin, ciertamente es para mí una gran sorpresa, Señor.

- Lo imagino, supongo que mi rastro estaba perdido, y no se recoge en ningún escrito.

- Así es, hay en los archivos y crónicas gran cantidad de puertas abiertas hacia otras historias, otras vidas. He procurado no cerrar ninguna... para que se airee este mundo con algunas ráfagas de Faery. Pero nunca pensé...

- ... Que yo mismo cerrara mi propia puerta. Para ello he venido. Sí, debo atar algunos cabos antes del final. Soy el más antiguo del mundo, soy único testigo de las cinco edades. He viajado de aquí para allá y reconocería cada región de esta tierra, que es ya casi parte de mí, extensión de mis pasos. Soy el cronista más antiguo, el más infatigable de los cantores. Soy heredero de una estirpe y mil casas, un espejo del pasado, un pergamino secreto... y sin embargo soy un héroe omitido, un Señor desheredado, un ignorado, un deshauciado por la historia, por los Atani. Es el olvido que más duele, una flecha negra en mi orgullo que abre una herida de bordes incandescentes que nunca cierran. Ya no busco reinos, ni tierras, ni poder; pero sí un reconocimiento, una memoria, ¡ay!, ¡mi propia historia! no hay nada más triste que un cantor sin historia, sin propio cuento, sin oyente a quien cantar. Como un árbol sin frutos, o una luz sin sombra, o un dolor sin grito.

-Me lo imagino, y... bien, he aquí un oyente, cuénteme qué fué de Maglor el cantor, segundo hijo de Fëanor.

Luis Goñi - Atanelda